

ción que no es pariente suyo siquiera. Ve aquella pollita de 15 abril, fresca como el pensil y risueña como la primavera, cojida de la mano de aquel pisaverde que vimos en la entrada. ¡Qué disimulo y qué inocencia! Repara en aquel caballero, que mira al suelo lleno de fervor religioso y que luce su cabeza monda como una calabaza; ¿sabes quien es? Un empresario de teatros, que dejando de pagar á infelices artistas ha llegado á reunir un capital. Allí, cerca de aquella columna, con la mirada contrita y el semblante ojoso, podrías ver tres señoras, hermanas, y solteras. Observa cuanto lazo y adorno lucen en los vestidos, impropios del lugar que visitan. Esto no fuera nada, si bajo el hipócrita ademán en que se colocan, no tuvieran la lengua más dañina y calumniadora. Su casa es un mentidero inmundo y las honras ajenas juguete de la envidia y los celos más repugnantes.

Observa en cambio el recojimiento y compostura de aquel grupo de señoras, que, con naturalidad y expresión sincera en el semblante, oran al pie de aquel altar de la derecha.

Pero démonos prisa á salir, amigo Timorato, que la función religiosa termina y ciertas gentes no reparan en pelillos. Con los apretones, pudieran evaporarse nuestros relojes ó portamonedas. Abróchate la levita y seamos los primeros en retirarnos.

FEDERICO HOSTENCH.

PORQUE LLORAN LOS SANTOS

PEQUEÑO POEMA

I

No eran dos amigos, dos hermanos, dos enamorados, eran dos almas gemelas, dos seres cuya existencia dependía la una de la otra.

Vieron la primera luz en Granada y la vaga poesía de la oriental ciudad contribuyó poderosamente á desarrollar un sentimiento del que apenas se daban cuenta los niños. Los encantos de aquella pródiga naturaleza, la diáfana luz de aquel incomparable cielo que de continuo semeja jigantesco záfiro suspendido en el éter, las delicadas emanaciones que brotan de sus floridos cármes en los cuales parece eternizada la primavera, el blando rumor del Darro que se desliza suave como murmurando olvidadas leyendas, era bello espectáculo que predisponía á los dos niños hacer mayor su simpatía. Mil veces se juraron inquebrantable amor, y otras tantas prometían no olvidarse. ¡Vana protesta! A ser siempre niños holgaran promesas

y juramentos; pero dejaron de serlo y entonces holgaron todavía más.

Quince abril cumplió la gentil docella y por pudorosa precaución se acordó vestirla de largo. Dificilmente se explica como á la par que en el traje se verifica completa transformación en el corazón de la mujer, y en Matilde (que tal se llamaba la granadina beldad) ejerció extraordinario ascendente. Entró en un mundo hasta entonces para ella desconocido y entre los ideales sueños de la virgen cruzó la tentadora imagen de la vanidad. Ya no era su Luis el solo que la enamoraba; eran los jóvenes más apuestos y gallardos, los mas *pschutts* de Granada. Mujer al fin, prestó su corazón al seductor aplauso y creyó su dicha insuperable. Luis sentía honda pena por el desvío de su amada. Llegó el día de su entrada oficial en el gran mundo y asistió á un baile dado por distinguida familia emparentada á la suya.

Los salones donde se celebraba la fiesta ofrecían mágica perspectiva. Irreprochable gusto en los muebles, profusión de flores y luces, damas ciñendo trajes que por lo elegantes y faustuosos eran dignos de Wortt, los hombres civiles vistiendo el severo frac y ostentando brillantes condecoraciones, oficiales de alta graduación aumentaban con la diversidad de sus uniformes el esplendor de aquella fiesta sin par. Matilde se creía transportada á nuevas regiones, veía la realización de un cuento fantástico. Bailaba con un capitán de húsares ayudante por añadidura, vestido de azul y oro luciendo muchas cruces y sendos cordones. Y miró á su novio con lástima; en su negro frac no se destacaba distintivo alguno, ¡ni siquiera tenía una encomienda! y el húsar iba pareciéndole un héroe y Luis un desventurado; bien que desventurado era amando á tan frívola beldad.

Aquella noche Matilde soñó con todos los húsares azules de los escuadrones del ejército nacional; en cambio Luis no consiguió pegar los ojos.

A la mañana siguiente vió á su amada y le espuso su justa queja. Le mostró el abismo á que camina la mujer coqueta y casquivana, y el modelo ejemplar de la mujer de austeras y rectas costumbres. Comparó á la que con su frivolidad arruina los más puros y generosos sentimientos del hombre, y la que con su constancia y cariño convierte en fáciles y dulces las más amargas y difíciles tareas. Matilde conservaba su exquisita sensibilidad y escuchó conmovida á Luis, y las protestas se repitieron con mejores propósitos que buena voluntad.

Transcurrió algun tiempo que fué verdadero poema de sus amores pero nueva contrariedad vino á turbarlo. El padre de Matilde fué elegido diputado por cuya razón se trasladó á la Corte con su familia. Luis partió en pos de su amada y ya

en Madrid pidió solemnemente la mano de Matilde.

La contestación fué negativa.

Apoyáronla sus padres en la corta edad de ambos (ese era el pretexto) y la desigualdad de sus respectivas fortunas (esa era la verdad). Luis pidió un plazo de cuatro años que le fué otorgado, y henchida el alma de amorosas esperanzas partió para las Antillas en busca de fortuna. El fuego de los trópicos parecía prestar todo su calor á sus generosos deseos, tendióle su mano la fortuna, y su estrella tan feliz se mostraba que accedía siempre á sus más atrevidas ambiciones. Próxima á terminar la fecha concedida regresó á España; fué á Granada pero no ve á su Matilde, pregunta por ella, algunos le sonrien maliciosamente, otros le atienden con marcada tristeza, pero nadie le dice donde está su bien. Trasladóse á Madrid y su suerte no es mejor; sabe que el diputado Juárez falleció hace tres años; de su mujer é hija nadie le indica donde se encuentran. Tamaña contrariedad le desespera, y desolada el alma resuelve recorrer el mundo entero hasta dar con la mujer que tanto ama. Viaja por toda Europa, desanda lo andado ¡siempre en vano! emprende de nuevo lo desandado ¡inutil siempre! Dos años de mortal agonía sostiene la tremenda lucha, hasta que rendido por su avara suerte regresó á Madrid errante golondrina que en vano buscó el nido de sus amores.

Encontróse un día con un antiguo compañero, le refirió su infortunio y su amigo le estrechó conmovido entre sus brazos.

—¿Muerta? gritó Luis con desesperado acento.

—Muerta para tí—replicó su amigo.

Luis frenético, delirante, preso de profunda emoción

—Habla—exclama—habla pronto y sin recelo; dos años que ando buscándola, que recorro el mundo para verla, y tú sabes donde está y prolongas mi horrible tortura. Dime presto que ha sido de ella. Viva para todos y muerta para mí, ¡oh! espícame pronto lo que me da espanto adivinar!

—Matilde contrajo matrimonio hace tres años, olvídala, no merece tu cariño.

—¡Ella perjura á mi amor—murmura el mísero con dolorido acento—y dices que la olvide, que no le pida cuenta de su infamia! ¡Oh! sí! se la pediré estrecha, rigurosa, despiadada; ¡no tendré compasión!

Su compañero al ver el estado de Luis le invitó á subir á un carruaje que al acaso cruzaba por la calle. Los dos amigos subieron y al cerrarse la portezuela Luis rompió á llorar amargamente; aquellas lágrimas fueron la disolución de sus más hermosos sueños. Recobrado un tanto de su dolor.

—Quiero verle, me siento con ánimo bastante para tan dura prueba—dice—llegaré á su lado tranquilo como me siento en este instante ¡no puedo odiarla! pero sabré alejarme de ella; la tempestad de mi alma se ha calmado: me verá sereno y tranquilo con la calma que me presta mi acrisolada conciencia. Quiero verla hoy misma; es preciso aprovechar el paroxismo del dolor; mañana sería tarde; el hombre sería otra vez hombre y al sentir mi vigor y brio natural, solo sentimientos de venganza latirían en mi maltratado corazón.

—Estás resuelto á ello?

—Firmísimamente.

—La prueba es muy dolorosa.

—Más dolorosa es la lucha en que batallo.

—Esta noche verás, pues, á Matilde.

—¿Dónde?

—En casa de mi hermana, la que tiene dispuesta una fiesta en obsequio de sus amigas.

—Confío en tu promesa.

—Y yo mi vez en la tuya.

Los dos amigos se separaron para reunirse al cabo de breves horas.

II

En los salones de aristocrática morada de la calle del Arenal se halla reunida la *High-life* de la corte; la dicha se manifiesta en todos los semblantes y la expansiva y cordial armonía que parece unir á todos los invitados contrasta notablemente con el grupo que forman dos caballeros que cojidos del brazo recorren los salones. Tan manifiesta es la tristeza del mas joven que logra, llamar la atención de cuantos la observan. Es el desdichado Luis que va en busca de Matilde; de pronto se detiene junto al dintel de una puerta y cree que la vida le abandona al ver que la que fué su vida cruza indiferente por su lado. Matilde aparecía radiante y hechicera de encantos y hermosura y Luis fascinado á su vista no vió á la perjura y desleal enamorada sino á seductora aparición que le desarmó de todo el rigor que sentía. Y arrastrado por fuerza poderosa é invencible llega á Matilde.

—Señora—le dice con sosegada calma—quiere V. concederme el honor del baile que va á empezar?

Matilde vacila; no contesta, pero como dominada por fuerza superior abandona su sitio y acepta el brazo que Luis le ofrece. Este percibe el estremecimiento que sufre Matilde á su contacto y olvida todo el mal que ella le ha hecho y se arrepiente de aquella leve pena que él le causa.

—Gracias—murmura preso de angustiosa emoción—ha sido usted generosa con un desgraciado que viene á dar su adiós al mundo.

Y de los labios de Matilde escapó vaga é incohe-

rente la palabra «Perdón!...»

—Perdón! no me lo pidas; al asistir á esta fiesta te lo había ya otorgado. De lo contrario ¿cómo quieres que hubiese llegado hasta tí con la explosión de mi justo ódio! Ruda por lo inesperada ha sido la lucha sostenida por mis sentimientos, pero al fin me he vencido á mí mismo: ¡ya no te ódio! Solo he procurado verte para recordarte que yo cumplí; atiende bien lo que te digo: que cumplí religiosamente mi promesa. Regresé á España medio año antes de terminar la fecha convenida, pero en mi patria hallé solo el recuerdo de seductoras promesas; no á tí.

Por espacio de dos años he recorrido el mundo entero sufriendo mi corazón las más duras y crueles alternativas; todos los temores, las dudas y recelos han conturbado mi dicha; han cruzado por mi pensamiento cual fatídicas y amenazadoras sombras; la suposición de las más ímpías desventuras han acibarado mis horas, ¡todas ay! menos la real. ¿Podía presentirla sin inferirte cruel ofensa? y mi amor sin límites, puro, noble y grande ¿podía ofenderte deliberadamente aun siendo la ofensa ficción? Conozco mi infortunio y quiero verte por postrera vez antes de dar mi adiós al mundo.

—Tu adiós al mundo; Luis ¿qué intentas?

—Destrecha todo temor; mi adiós al mundo de los desengaños, de las veleidades y los perjurios. Si auxilio sobrenatural no me amparara ¿te hablaría conforme lo hago? Hombre y hombre ultrajado buscaría una reparación de esas que no perdonan; pero ni saben en mí torpes pasiones ni puede apetecerte esposa desleal quien te amó ángel, quien quedó fascinado por las virtudes que atesoraba tu alma, y en tí cifró sus más nobles y elevadas aspiraciones.

—Ah, Luis, no es mia toda la culpa: se violentó mi voluntad.

—El drama eterno!

—Y además mi suerte es poco envidiable; mi marido no me comprende.

—No prosigas, Matilde: una muger casada nunca debe contar sus sufrimientos á otro hombre que no sea su marido. La desdicha de una muger joven y hermosa provoca siempre irresistible simpatía y si el sentimiento cobra mayor vuelo se convierte pronto en liviana pasión. Buena ó mala tu estrella sigue sin desmayar su luz, no fuerces el camino que te trae, sigue mi ejemplo: ya tú ves; has muerto todas mis esperanzas, y yo te perdono.

—¿Qué harás en lo sucesivo? ¿qué porvenir te espera?

Luis dirigió á su amada una mirada de profunda amargura, estrechó con efusión su mano, y sin contestar á su pregunta se alejó de aquellos sa-

lones.

Tan inesperada entrevista impresionó vivamente á Matilde, que rendida de emoción se retiró cuando la fiesta estaba en su esplendor. Su marido era uno de tantos hombres políticos que de continuo se desvelaba por la salud de la Nación, y preocupado por cuestiones palpitantes se preocupó muy poco por la alteración de la salud de su muger.

III

Han transcurrido ocho años.

Es el día de viernes santo y en una de las principales iglesias de la Corte se encarga de decir el Sermón de la Soledad eminentísimo orador sagrado que viene precedido de fama universal. Las más distinguidas damas se disputan el honor de presidir los petitorios y en torno de las mesas dispuestas al efecto se reúnen las más ilustres y celebradas damas de Madrid. Notable es el recojimiento que se observa en unas de ellas; viste traje de terciopelo negro y oculta su rostro primoroso velo de encaje. Sus ojos no se distraen de su devocionario que lee con atención suma, en tanto que con la diestra mano sostiene una moneda de oro con la que golpea pausadamente la bandeja de plata que sirve de petitorio; junto á la dama se sienta una niña de cortos años que parece muy preocupada mirando las láminas de los devocionarios que las señoras de la ilustre junta han dejado encima de la mesa.

La solemne función dá comienzo, un preludio de tos y de ruido de sillas precede á la oración del orador sagrado que ocupa la cátedra del Espíritu Santo con general admiración de su auditorio.—Parece San Luis—dicen algunos—Ignacio de Loyola—murmuran otros, y la sorpresa era natural y justa, que algo de santidad había en el reverendo. Su rostro pálido y enjuto; su frente serena y magestuosa; su alba vestidura; la cruz de oro pendiente de su cuello brillando sobre su pecho; los rayos del sol que penetrando á través de las altas vidrieras copiaban sus colores proyectando en rededor del púlpito como nubes escapadas del éter para formar misterioso nimbo en torno de aquel ángel de la palabra; todo contribuía en que el P. Luis apareciera cual mística figura, como ser espiritual superior á sus oyentes. Matilde continuaba con el rostro velado; percibió el rumor de fieles ignorando la causa que lo promovía; en fin después de la petición de fórmula empieza el Padre su sermón. Matilde levanta su velo, mira con ansia al púlpito y un leve desvanecimiento la obliga á apoyar la cabeza entre sus manos; algo brilla á través de sus finos dedos, pero está el templo tan oscuro que no es fácil distinguir si son lágrimas escapadas de sus ojos, ó la fosforescente

luz de los brillantes de su sortija: pocos se fijan en el estado de abatimiento de la hermosa dama, toda la atención la absorbe el P. Luis: su elocuencia es arrebatadora. Habló de la Soledad de María y las conmovedoras y brillantes imágenes que le arrancan aquel supremo dolor brotan de sus labios con esa fácil palabra que parece privilegio de los hijos del Mediodía; su oración tiene pasajes escultóricos; no habla, pinta, reproduce con maravillosa fidelidad las amarguras de la Madre de Dios. ¿Cómo habló de la Soledad el P. Luis? Como debió sentirla María después de la sangrienta dolorosa tragedia del Gólgota; como debió sentirla su alma viuda aquella triste noche que al dar su adiós al mundo buscó amparo y resignación á la sombra consoladora de la cruz. Y los tiernos pasajes del insigne orador con tal violencia penetraban en el corazón de Matilde que temía que sus quejas la delataran; que en aquel supremo instante revelara que era ella la causa de su desdicha, de su desamparo, de su soledad.

La incomparable oración termina, y las damas que ocupan los petitorios se dirigen al pie del púlpito para ser las primeras en besar la mano del sublime predicador. Matilde baja su velo por temor de ser conocida y el P. Luis cruza por entre una fila de beldades que besan su mano respetuosamente. Matilde se acerca temblorosa al Padre, una lágrima se escapa de sus ojos y humedece la mano del que fué su primer y único amor; su hija llega á los pies del Reverendo y contempla con éxtasis al que consideraba santo: el padre la mira, su palidez aumenta y sus ojos vierten lágrimas que en vano pugna para dominar.

—¡Matilde! ¡Matilde!—exclamó como el Patrarcá cuando vió ante él la imagen adorada de su Laura.

La niña lo contempla con algo de respetuoso pavor y al besar su mano sus labios se estremecen al contacto de frío mortal. Refugíase temblorosa al lado de su madre.—¡Oh madre! es santo—la dice con inefable transporte—Me ha llamado por mi nombre; él tan bueno y virtuoso llora. ¿Porque lloran los santos madre mía?

Matilde besó la frente de su hija y quedo, muy quedo la contestó.

—Sé siempre buena, mi Matilde, que la que de niña deja de serlo, de mujer hace llorar á los santos.

ANTONIA OPISSO.

LOS GRANDES POEMAS

AL entrar en un salón
muy rico y muy elegante

vi en bella encuadernación.
un *Milton* cerca de un *Dante*.

Y dije al dueño: «Obra así;
nunca mis censuras temas,
si con preferencia aquí
guardas esos grandes poemas.»

Y contestó: «No es alarde
de sabio, que yo los tenga;
sino que mientras me aguarde
el que á visitarme venga,

pueda esos libros hojear
y entretenerse á lo ménos
en mirar y remirar
esos dibujos tan buenos.»

¡He aquí el destino funesto
del poema más inspirado!
¡estar ricamente espuesto
solo para ser hojeado!

J. M. F.

UNA CIUDAD DE ARTISTAS

4.600 AÑOS ANTES DE NUESTRA ERA

LAS relaciones bíblicas son meros juegos infantiles en comparación de los trabajos que la moderna ciencia realiza.

Los estudios arqueológicos y las notables escavaciones que en todas las partes del mundo se ejecutan, vienen á descorder el velo que encubría la cuna de la civilización humana, y nos dan curiosos y brillantes pormenores sobre la situación y las costumbres de pueblos cuya memoria se hallaba casi desvanecida por completo.

La Asiria es una de estas civilizaciones que hoy se reconstruyen fácilmente, merced á los incansables trabajos de M. Sarzec en las significativas ruinas de las ciudades de aquel remoto imperio.

No es una ciudad romana del primer siglo de nuestra era, como Pompeya, no; es una ciudad de los tiempos fabulosos la que ha reconstruido, por decirlo así, M. de Sarzec, y cuyos notables monumentos ha trasportado al Museo del Louvre. ¡Qué asombroso descubrimiento es el de esa ciudad de Sirpurla, cuya vida se ha desarrollado á poca distancia del sitio en que las aguas del Eufrates se mezclan con las del Tigris!

Desde el primer trabajo de escavación realizado por M. Sarzec, se conoció por las estatuas desenterradas que aquellas ruinas habían sido, muchos siglos atrás, una pequeña ciudad artística como